

Arturo Mondragón Cruz

La visita

Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 1, marzo-junio, 2005, pp. 105-108,

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412112>



Ciencia Ergo Sum,

ISSN (Versión impresa): 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



*Correo electrónico: arturo_mondragon@terra.com

La visita

Arturo Mondragón Cruz*

A Isela y América, por la cadencia de su vivir.

*Así crecí volando y volé tan de prisa que
hasta mi propia sombra de vista me perdió.*

J. Sabina



Llevas entre brazos las compras que acabas de hacer. Esta noche cenarás solo, como siempre desde que ella se fue; pero silbas camino a casa, te sientes feliz, lleno de vida, como hacía mucho no te sentías. Piensas en lo que harás mañana mientras trepas a grandes saltos las escaleras que conducen a tu departamento. Tendrás que lavar el auto, arreglar la gotera del baño, mil cosas por hacer... pero mañana. ¡Como si tuvieras seguro el futuro!

Hurgas en tus bolsillos para sacar las llaves, pero la bolsa que cargas te impide hacerlo. Apoyas un pie en el último escalón y escuchas unas risas conocidas, levantas la vista y sonríes ampliamente al descubrir a una niña que corre con los brazos abiertos hacia ti diciendo: "¡Tío, tío!". Tu sonrisa se borra para dar paso a una mueca de espanto. Tu sobrina de seis años salta sobre ti con el vigor y agilidad de un gato, escuchas el grito de su madre, pero nada detiene a la pequeña. Su felicidad por verte después de mucho tiempo se ha convertido en una bala que te empuja hacia atrás, sueltas la bolsa, abrazas a la niña. Sientes agudas punzadas en la cabeza, en la espalda, todo es un torbellino donde no existe arriba ni abajo. Escuchas cristales que se rompen, ruidos que parecen provenir del más hondo pensamiento, como si las ideas tuvieran voz, como si alguien más habitara en tu interior.

Por fin se detienen. Tendido en el suelo apenas respiras, pasas tu brazo sobre la cabecita de la niña que parece dormir sobre tu pecho, tus ojos no ven más que el techo, sin estrellas, sin luna, árido. Alcanzas a oír los pasos de tu hermana que corre escaleras abajo gritando hacia ustedes. No puedes evitar cerrar los ojos como para dormir junto a tu linda sobrina.

I. La partida

Abres los ojos y tienes una extraña sensación. Ya nada te duele, hasta te han dado ganas de volver a silbar el inicio de la melodía de hace un minuto. Te gusta mucho *Beyond the Sea*, te recuerda los días en que trabajabas con tu novia encerrados en tu departamento, frente a la computadora, escuchando una y otra vez la misma canción.

– ¡Qué lástima que haya muerto! Es muy injusta la vida –piensas.

Te levantas lentamente, miras a tu hermana agachada y tratas de ayudar a levantar a su hija, pero no puedes. Tú estas

ahí, tirado, con una mancha roja extendiéndose sobre tu cuerpo.

– ¿Cómo es posible? No tardas en dar respuesta a tu pregunta.

Inevitablemente te despegas del suelo, resignado aceptas que debes irte, que ya no perteneces al mundo material, pero antes constatas que de algo sirvió tu esfuerzo. La niña recobra el sentido y llorando abraza a su madre.

Las dos te miran, te abrazan, te golpean en la cara pidiéndote que despiertes. Abres tu mano y te despiden de ellas, les dices adiós aunque sabes que no te oirán. La última mirada es hacia tu cuerpo, joven y fuerte, que sólo hasta ahora aprecias en todo su esplendor. Nunca lo viste más blanco ni más hermoso.

II. El viaje

La resignación se apodera de ti, pero luchas por mantener una esperanza. Sabes que vas hacia alguna parte en medio de tantas cosas que te rodean, lo sabes porque miras pasar los juguetes que de niño te regalaron; en la lejanía oyes ladrar a tu perro que un día se perdió y jamás volviste a encontrar.

– ¡Esto es la muerte! –afirmas.

Te encuentras en el supremo punto en el que se cortan las sendas del bien y del mal; detrás de este severo punto se halla la esfinge que pregunta “¿qué vas a hacer?”. Sólo quien tiene el hábito de la prueba mira fijamente a la esfinge. Todo desaparece.

III. La batalla

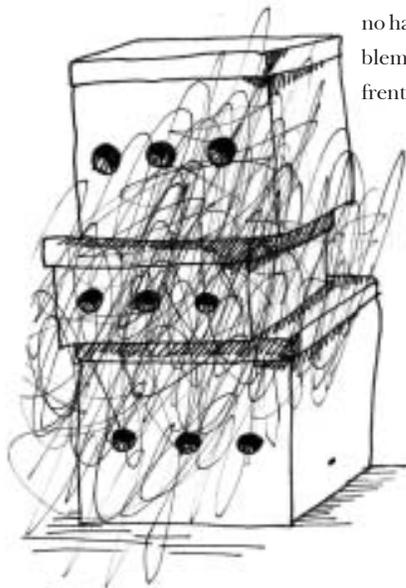
Ahora no sabes dónde estás, todo es nada. Te paras en lo que parece ser el piso, blanco como el resto del universo que te rodea. Oyes una voz proveniente de algún lugar. Te parece conocida. Es tuya.

–Ya que estás aquí charlemos un poco. Siempre te faltaba tiempo para hacerlo. No pensabas que esto pasaría tan pronto ¿verdad? Las cosas son así.

Ahora estás desnudo ante el destino y no hay quien te ayude a solucionar tus problemas. Estás solo y tienes miedo de enfrentarte a un ser desconocido, a pesar de

Te preguntas quién apagará tu computadora, quién leerá lo último que escribiste antes de salir de compras. Miras el cielo estrellado y te parece un monitor encendido por la luz de una extraña luna, tan extraña como la visión del trabajo que dejaste inconcluso aquella noche, cuyas últimas líneas fueron:

“Quizá la vida es eso: aparecer con un saludo pintado en la palma de la mano y luego desaparecer, borrarlos como una raya trazada en el agua. Pero es difícil aceptarlo, porque el saludo sueña con la eternidad. El saludo es un *yo* interminable. Odia a su rival el adiós, la *nada* infinita.”



haberlo llevado dentro durante toda tu existencia. Siempre trataste de evadir este momento, has evitado luchar contra tus propios temores, aceptar tu condición de mortal, saber que no eres más que carne y hueso. ¿Cómo pelear contra lo que hay dentro de ti, si nunca lo conociste?

La soledad embarga todos tus sentidos, quieres hacer algo para salir de esta situación, pero no hay puertas. Crees saber lo que tienes que hacer.

Te sientas y fijas tu mirada en un punto perdido en el espacio, pero nada ves. Esperabas que pasara una secuencia de escenas de tu propia vida, para arrepentirte de tus pecados, quizá desear corregir tus errores, tal como te habían dicho las personas que supuestamente viajaron al más allá y volvieron para contarlo.

Sientes un mareo y un dolor insoportable, como si vomitaras tus propios intestinos. Tu vista se nubla y la recuperas en un instante. Ahora estás parado frente a ti mismo. Creíste que sólo eras materia, pero te equivocaste. Las formas de tu pensar se dividen hasta ser infinitas.

Un terrible frío recorre tu espalda, tus manos ahora son inmateriales. Sientes miedo, tanto que paulatinamente comienzas a convulsionar. No puedes hablar, ese sentimiento se convierte en terror, insoportable para un pequeño ser como tú.

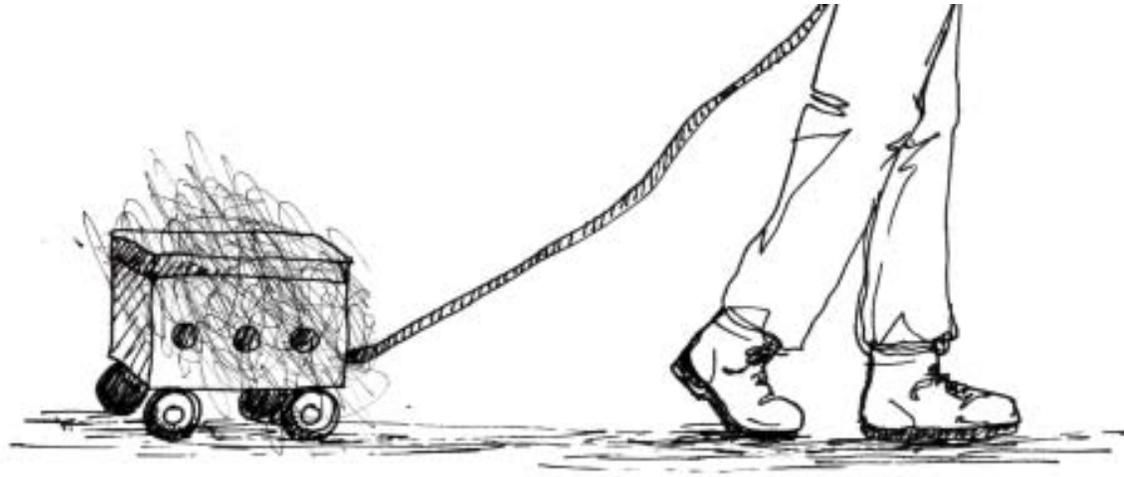
Cierras los ojos a la realidad, pero no puedes evitar que las palabras perforen tus oídos, a pesar de taparlos con tus manos, con esas que son inmateriales y atraviesan tu cabeza.

–¿De qué tienes miedo?, ¿de mirarme, de escucharme?, ¿de saber quién soy?, ¿de preguntarte quién eres en realidad?, ¿de encontrar respuestas?

Estás en todas partes, lo mismo da cerrar los ojos que tenerlos abiertos, de nada sirve negar los oídos a la voz que está dentro de ti, nada ganas con tratar de pensar en otra cosa.

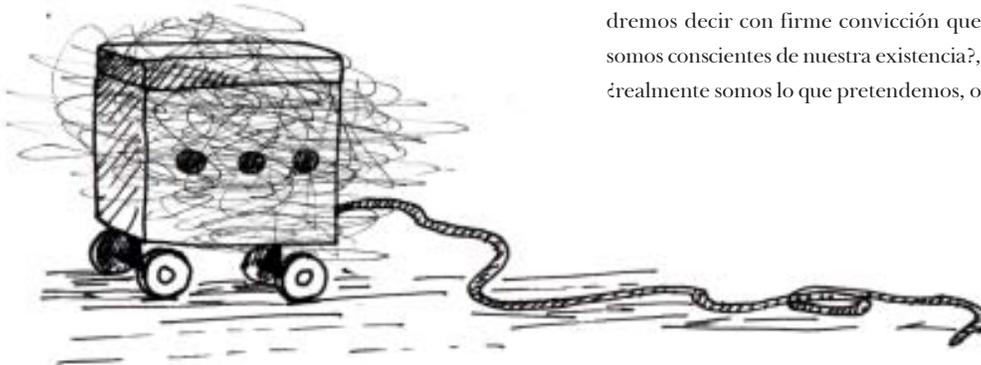
Aceptas que no puedes escapar de ti, ni con la muerte lo puedes hacer, te seguirás hasta el fin de los tiempos. Reconoces que la conciencia es un grillete remachado a tu existencia –material o no–, que jamás desiste, pues es infatigable e incansable; que no tiene límites, siendo, como es, Dios. Que es, simplemente, la cantidad de ciencia innata que tenemos en nosotros mismos.

Luchas con desesperación para evadir el enfrentamiento, el duelo es inevitable a estas alturas. Te miras amenazante, con tal vigor y rabia de reproche que desees no estar ahí: mirando tu propia imagen. Siempre lo supiste, la peor desgracia de un hombre es ser seguido por aquello que llama sombra, pero que en realidad es una masa amorfa



que adopta todas las formas de lo que la materia debiera ser. Un prototipo perfecto en todos los sentidos, la realización de todos los sueños, el cumplimiento de todas las metas que en la vida diaria tratamos de alcanzar. La sombra de un hombre es más que la obstrucción de la luz por su cuerpo opaco, es una oportunidad de ser lo que siempre hemos querido, es un espía silencioso, testigo mudo de nuestras fechorías, juez imperturbable de nuestras acciones. Un ente que nunca se separa de nuestro cuerpo, ni siquiera en la noche más oscura, peor aún, está más cerca y se engrandece hasta envolvernos, tragándonos en su voraz apetito, como queriendo quitarnos la identidad y por ósmosis transformamos en lo que ella es, o en lo que desea ser.

No tienes escapatoria, esta vez no. Pero si el movimiento perpetuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegación perpetua? Sabes que nadie reprochará la flacura de tu alma ante la sublimación corrosiva del martirio. Gritas "¡Basta! No quiero ver ni escuchar más. Si tienes a dónde llevarme, llévame ahora". Pero no obtienes respuesta, abres los ojos y toda la blancura desapareció sin darte cuenta, tu sombra te envolvió, te tragó, estás dentro de ella.



¿Qué puedes hacer?

Te sientes como Juan Veljean escuchando el murmullo de Monseñor Bienvenido diciéndote: "Vos no pertenecéis al mal, sino al bien. Yo compro vuestra alma..."

IV. El consuelo

Esta es la última soledad del ser, donde esperabas ver al dios Thannos, al Leviatán, pero parece ser que en esta soledad sólo habita Abraxas, el dios del equilibrio del bien y el mal, y te encomiendas a él, te abandonas a él. Estás solo, metido en la raíz de tu propia irracionalidad.

Te haces mil preguntas, porque aceptas que por fin tendrás tiempo de sobra para empezar a conocerte. Tus años en la tierra no sirvieron de gran cosa para saber de qué estabas hecho. Y te preguntas: ¿hasta dónde sabemos de nosotros mismos?, ¿hasta qué punto somos dueños de nuestras emociones?, ¿hasta cuándo podremos decir con firme convicción que somos conscientes de nuestra existencia?, ¿realmente somos lo que pretendemos, o

lo que imaginamos ser? Y tú, yo, ellos, el vecino, el chofer del autobús, el diputado o el panadero, ¿sabemos qué hay en nuestro interior?

No hay respuestas a estas interrogantes. Por lo menos no donde estás, en medio de una oscuridad que parece sólida, una sombra que es dueña de todo, que ríe al ver tu temor, que entristece al saber que sin ti dejará de ser.

Escuchas voces mezcladas, carcajadas que rayan en lamentos, los gritos de tus padres peleando en la recámara de junto, el tono pausado de

tu profesor de física impartiendo clase en la preparatoria, la risa de tu novia, el ladrido de tu perro, delirantes canciones entonadas con tus amigos en noches de parranda, oyes a Gardel con su acento gaucho entrevistado en la radio, aunque no recuerdas haberlo oído alguna vez. La esperanza – bendita palabra – se acrecienta. Estás al borde de la resurrección.

Te pones de pie y buscas a tientas algún objeto, aguzas tus sentidos para percibir algún olor, alguna forma, textura o sabor, algo distinto a esas voces lejanas. De pronto, un profundo silencio te hace saber que sigues solo.

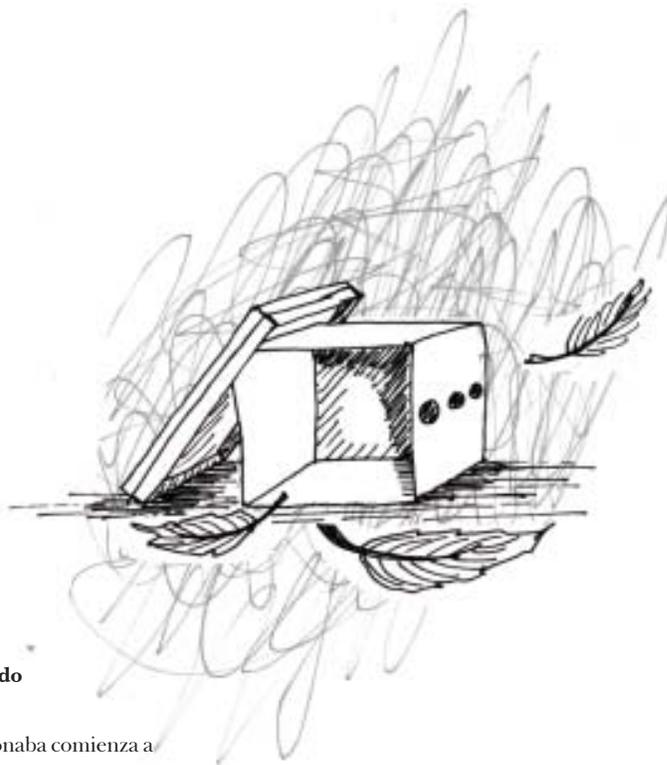
En tu pecho comienzas a sentir humedad, tratas de tocarlo pero no puedes. Poco a poco el tacto se rehabilita lo mismo que tu oído. Escuchas el latir de varios corazones cercanos a ti. A tu olfato acude el olor característico de una hamburguesa. Quieres abrir los ojos. Sientes el frío y la dureza del piso contra tu espalda.

La sombra que te aprisionaba comienza a ceder ante tu naturaleza. Parece infinita la distancia entre el iris y las pestañas de tus ojos. Quieres ver más pero te es difícil, la luz es cegadora. “¿Será esta la puerta que conduce a la eternidad?”, preguntas mientras admiras tu capacidad para mantener el aire en los pulmones por tanto tiempo.

Ahora sabes quién eres: no más que materia seguida por una sombra. ¿Acaso llamada espíritu?

– ¡Pensamos que habías muerto! – dice aliviada tu hermana al ver que abres los ojos. La ves sonreír, sientes su mano sobre la tuya, te extraña seguir escuchando el latir de su corazón, el de tu sobrina y el tuyo mismo; percibes su aroma natural, es delicioso, aunque plagado de adrenalina que lentamente se diluye entre el olor de la salsa de tomate que cubre tu cuerpo. La botella que lo contenía se rompió al caer, pensabas que era tu propia sangre.

“¡Hola!”, es lo único que aciertas decir mientras cobras fuerza para levantarte.



V. El saludo

VI. Pequeños cambios

Cojeando un poco, entre las miradas y murmullos de los vecinos que se reunieron para auxiliarte, entras al departamento. Tu sobrina te observa con una mirada en la que se amalgama la culpa y la alegría. Todo ha vuelto a la normalidad.

Se pasan varias horas hablando de todo un poco, en especial del incidente de esa noche. Tú no dices nada de lo que se agitó en tu interior mientras estabas en el piso. Sólo fueron unos segundos, pero pareció la mitad de tu vida. Ellas te dan un beso en la mejilla y van a dormir.

En el estudio la computadora sigue encendida; fijas la mirada en el monitor y lees detenidamente. En la última línea agregas algunas palabras.

“Querida mujer ausente: que la vida, nuestra vida, sea un saludo interminable. Un *yo*, un *tú* interminable.”

Apagas la máquina y quedas casi a oscuras, pues la luz de un anuncio de la calle se filtra entre las cortinas. Das la vuelta para abrir la puerta y en ella ves tu sombra dibujada.

Es extraño, ahora la ves diferente, la aprecias más que antes. Sonríes y le muestras tu mano con un saludo pintado en ella. Ahora sabes que también es parte de tu *yo* interminable.

Cierras la puerta y detrás de ella la vida sigue igual. Pero tu sombra queda ahí un instante, inmóvil, solitaria..., pensativa.